

La lectura del paisaje como palimpsesto. La Ciudad de México analizada en capas, siglos XXI al XIV

*The Reading of the Landscape as a Palimpsest. Mexico City Analyzed in Layers,
21st to 14th Centuries*

Jesús Israel Baxin Martínez
Universidad Nacional Autónoma de México
<https://orcid.org/0000-0002-7485-1639>
jesusbaxin@filos.unam.mx

Recibido: 30-04-2024; Revisado: 11-06-2024; Aceptado: 09-07-2024

Resumen

El palimpsesto, un manuscrito en el que se ha borrado la escritura original para dejar espacio a mensajes posteriores, se propone como metáfora y método de lectura del paisaje en capas, a partir de indicadores relacionados con la ocupación de un lugar por diferentes sociedades. Para el caso de la Ciudad de México, con siete siglos de poblamiento continuo, se identifican cuatro etapas sucesivas de ocupación que se confirman con sus topónimos. En la narrativa de palimpsesto se ofrece una lectura cronológica inversa de la organización espacial que ha provocado modificaciones en el paisaje, algunas visibles y otras enterradas.

Palabras clave: Ciudad de México, geografía histórica, paisaje, palimpsesto, Tenochtitlan.

Abstract

The palimpsest, a manuscript on which the original writing has been erased to make room for later writing, is proposed as a metaphor and method of reading the landscape in layers, based on indicators related to the occupation of a place by different societies. In the case of Mexico City, with seven centuries of continuous settlement, four successive stages of occupation are identified that are confirmed by their successive place names. This palimpsest narrative offers a reverse chronological reading of the spatial organization of the city that has led to changes in the landscape, some visible and others buried.

Keywords: Historical Geography, Landscape, Mexico City, Palimpsest, Tenochtitlan.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es proponer la lectura del paisaje como palimpsesto desde la interpretación de la geografía histórica. Por medio del caso de la Ciudad de México y el análisis de sus estratos, subdivididos a partir de trayectorias específicas entre los siglos XIV y XXI, se distinguirán las temporalidades concretas de sus capas de ocupación diferenciadas.

El análisis de algunos elementos del paisaje, de la organización territorial, de los topónimos y las representaciones del espacio (códices, planos y mapas históricos), permitirá entender de qué manera los asentamientos humanos van generando huellas en la geografía que de manera evidente o enterrada permiten la reconstrucción de las distintas etapas de un mismo espacio en un sentido estratigráfico.

A pesar de que el palimpsesto se basa en una narrativa de cronología inversa, es importante vincular sucesos del presente con momentos de etapas previas para dar coherencia a una visión temporal que no solo es lineal, sino en algunos casos como una malla de tiempo, donde los huecos en un documento permiten vincular sucesos actuales que se asemejan a los ya acontecidos o los afloramientos del pasado ayudan a la comprensión del presente.

2. METODOLOGÍA: DEL PAISAJE AL PALIMPSESTO

El método que aquí se presenta es la adaptación de una propuesta de tesis doctoral sobre la isla de Cedros, Baja California (BAXIN, 2022). En aquella disertación el método se aplicó a un espacio insular caracterizado por sus ocupaciones discontinuas y rupturas demográficas que hacían más identificables los momentos de influencia humana por diferentes grupos culturales en un entorno marítimo.

En esta ocasión, el método se aplica al caso de la Ciudad de México, un lugar cuyo paisaje ha sido motivo de modificaciones continuas en al menos siete siglos de asentamiento, por lo cual se trata de un reto de análisis dadas las diferencias en escala espacial, características históricas y de modificación del paisaje; en el caso de la capital mexicana en un entorno de cuenca lacustre y con un amplio grado de urbanización a lo largo de su trayectoria demográfica (FILSINGER *et al.*, 2021; KOLE, 2023).

2.1. Conceptos fundamentales

El paisaje, como categoría de análisis espacial, se ha convertido en objeto de estudio de la geografía histórica y de la geografía cultural (FERNÁNDEZ, 2006; GARZA, 2012; URQUIJO y BONI, 2020). No obstante, también ha sido un concepto

estudiado por otras disciplinas como la historia del arte o la arquitectura. Una revisión al estado de la cuestión permite identificar la evolución en los enfoques y prioridades que se le han dado al paisaje desde diferentes áreas del conocimiento, sobre todo desde el siglo XVIII, destacando aquellas en las que el ser humano le da sentido a la naturaleza materializada ya que imprime los parámetros que son considerados bellos o sublimes (RAMÍREZ y LÓPEZ, 2015: 70-72).

Particularmente desde la geografía, son dos las principales tendencias de abordar sistemáticamente al paisaje: desde el enfoque ambiental, donde se identifica como unidad de análisis compuesta por una serie de elementos; y desde los enfoques sociales, donde el ser humano es un factor fundamental en su percepción, valoración y cambio a través del tiempo. De igual manera, en años recientes, otras posturas consideran al paisaje como un principio metodológico para analizar al espacio y no como una porción del mismo, este enfoque evidencia las relaciones entre la geografía y la historia (GARZA, 2012: 34)

A nivel metodológico, hay aportes significativos sobre las posibles interpretaciones del paisaje actual, a partir de su observación en diferentes escalas y al complementar las fuentes documentales con trabajo de campo mediante la recolección de observaciones directas, historias orales, percepción pasada y presente (THIÉBAUT, 2017), pero también la integración de los volúmenes de datos no estructurados provenientes de las fuentes geohistóricas (catastro, relaciones topográficas y geográficas, cartografía militar) se han llevado al mundo digital para la gestión y análisis del paisaje desde nuevas vías de investigación (VALLINA *et al.*, 2022: 33, 43).

Dada su polisemia, es pertinente indicar la definición de la que se parte en este estudio de geografía histórica para comprender su aplicación en el análisis actual. Se entiende al paisaje como la imagen resultante de las interacciones de distintas generaciones de un mismo grupo humano o de diferentes sociedades (discontinuas o sucesivas) sobre un espacio geográfico concreto. Esta imagen no solo implica los elementos biofísicos del entorno, sino también la acumulación de información cultural que pervive tanto en la superficie actual (visible), como en las capas enterradas y en los imaginarios. En los registros escritos o visuales se guarda parte de la memoria del paisaje, de ahí la importancia de poder recopilar información de otros tiempos para su reconstrucción diacrónica (BAXIN, 2022: 61).

En este contexto, la propuesta actual se enmarca en los estudios históricos del paisaje de manera metodológica y holística, diferenciándose de aquellos biofísicos o socioculturales realizados en México (URQUIJO y BOCCO, 2011) y de las tendencias que priorizan el patrimonio (THIÉBAUT *et al.*, 2008), ofrece una relectura en capas que pueda aplicarse a casos en cualquier ubicación. Para poder realizar un acercamiento de interpretación metodológica del paisaje, se recurre a una imagen auxiliar, que corresponde al palimpsesto, eje articulador y metáfora para leer el espacio geográfico a partir de la huella humana.

El palimpsesto es una figura de la historia cultural proveniente del griego *παλίψηστος* «grabado de nuevo». Entre los documentos que tienen esta característica se encuentran algunos soportes como pieles de animales (becerro, cabra, oveja), rocas talladas, tablas de arcilla, cortezas vegetales o papiros que,

después de cumplida su función como depositarios de un mensaje, podían ser tallados para sustituirse con uno nuevo. El palimpsesto es, entonces, un soporte que contuvo por lo menos un escrito y fue parcialmente borrado para dar pie a otro sobrepuesto, sino es que a varios mensajes más.

La analogía del palimpsesto aplica para leer al paisaje como un soporte en el que diferentes sociedades en el tiempo han dejado una huella, a veces evidente, y otras aparentemente borrada por capas superpuestas. De esta manera, es relevante la identificación de momentos clave (las nuevas capas) a través de cortes sincrónicos (periodos o rangos de años) en una trayectoria histórica, para poder comprender las nociones de cambio, continuidad, ruptura o reaparición de patrones en el paisaje. También resulta fundamental acudir a la toponimia y a los mapas históricos para identificar las modificaciones en la evolución y las apropiaciones del espacio en su acepción de paisaje.

Cabe señalar que la propuesta metodológica del palimpsesto consiste en que la lectura o descripción del paisaje en una larga temporalidad no sea en una narrativa lineal, sino en una lectura regresiva (de las capas más recientes a las más antiguas), pero también «de ida y vuelta» en los aspectos donde hay coincidencias sobre el uso del espacio, donde momentos del presente recuerdan otros anteriores, ya que metafóricamente se lee y se relea.

Los mensajes escritos anteriormente en el espacio son aparentemente diluidos o borrados ante una nueva ocupación del mismo, sin embargo, algunas de sus huellas continúan presentes en las capas subyacentes, si se puede cavar o escarbar, puesto que algunos fenómenos actuales que se vinculan con las características físicas o sociales de momentos previos, aparentemente ocultos, afloran. Por lo tanto, en conjunto con las evidencias escritas y los mapas, se pueden identificar cambios o continuidades en los elementos del paisaje.

2.2. Estado de la cuestión: los referentes

El caso más emblemático de palimpsesto corresponde al de Arquímedes (s.f.), un documento que fue escrito en el siglo *x*, cuyo soporte en pergamino fue sustituido por un texto litúrgico en el año 1229 por un monje cristiano, pero redescubierto hasta el siglo *xix* por un estudioso alemán de la Biblia, aunque se supo de su relevancia hasta 1968 en la Universidad de Cambridge. Este documento ha sido conservado y estudiado por el Museo Walters de Arte de Baltimore con técnicas de imagen multispectral para poder visualizar su contenido oculto, como es el caso de algunas fórmulas matemáticas (CULTURA CIENTÍFICA, 2019).

Como antecedentes de la noción de la lectura del paisaje en capas pueden encontrarse algunas propuestas de manera evidente o insinuada desde diversas disciplinas. Por ejemplo, el historiador del arte CORBOZ (2004: 27-34) señala que los habitantes no paran de borrar y reescribir sobre el territorio y que su lectura debe estar reorientada a la búsqueda de huellas de procesos desaparecidos aun presentes, de modo que la estratificación permite la intervención en el espacio. Se

vuelve nuevamente a la metáfora: pueden detectarse agujeros en un pergamino demasiado deteriorado (el territorio), por lo que resulta necesario raspar cuidadosamente para aparecer las inscripciones de los viejos textos.

Desde la sociología, VERGARA (2018) propone usar el concepto de palimpsesto como figura de pensamiento o dispositivo con una dinámica de producción de significado. Este autor plantea orientar la mirada en territorios que son productores y productos de palimpsestos, en los que el pasado vivo opera expresándose en el presente mediante permanencia-cambio o continuidad-reaparición.

Respecto a la narrativa sobre las descripciones del paisaje, BOLÓS (1992) propone tres posibilidades: regresivo (del presente a un momento específico en el pasado), progresivo (un punto de partida hacia el presente o futuro) y mixto (combinación de los dos anteriores). La mayoría de los estudios paisajísticos recaen en la cronología convencional, siendo más originales las descripciones regresiva y mixta.

La lectura regresiva desde la Antropología histórica fue aplicada por WACHTEL en *El regreso de los antepasados* (2001), un análisis etnográfico sobre la sociedad uru («los hombres de agua») en el altiplano boliviano, partiendo del presente del pueblo de Chipaya hasta su fundación en 1570, yendo de adelante hacia atrás y así remontar en «el mar del tiempo» para analizar los cambios entre la población originaria y los sincretismos, pero también en la disminución de los paisajes lacustres frente a la agricultura y la permanencia de ritos y costumbres.

URQUIJO y BONI (2020: 10), desde la geografía mexicana, señalan que sería conveniente comprender al paisaje como palimpsesto: «una sobreposición de textos que, conociendo sus claves, se pueden descifrar para conocer, no sólo sus mensajes, sino sus autores y al propio intérprete». Esta noción queda sugerida, pero no desarrollada en profundidad para determinar cuáles son los pasos para su análisis.

Como puede notarse, no es exclusivo de la geografía considerar la lectura del objeto de estudio en capas. Desde múltiples puntos de vista tanto la arqueología, la geomorfología y la edafología no se entienden sin una noción estratigráfica, al evidenciar en capas el paso del tiempo. Para el caso propuesto sobre el paisaje, es la ocupación diferenciada el factor que impregna a la columna temporal desde la huella humana, donde la geografía histórica, típica área que conecta momentos pasados y la evolución espacial, puede realizar aportes relevantes.

2.3. La aplicación del palimpsesto

El método de lectura del palimpsesto resulta un aporte pertinente entre los estudios históricos del paisaje, al ser un planteamiento diferente de aquellos enumerados al hacer una revisión del estado del arte (URQUIJO y BOCCO, 2011; CHECA-ARTASU *et al.*, 2014), en tanto sintetiza la suma de capas de tiempo en el espacio, una estratificación que ha quedado sedimentada con algunas huellas evidentes y otras casi borradas. En este sentido, el papel de las fuentes escritas es fundamental, puesto que contribuyen a la recuperación de información casi

diluida sobre las geografías de tiempos anteriores.

Entre los ejemplos donde se puede trasladar la metáfora del palimpsesto se encuentran los topónimos, maneras de nombrar al espacio apropiado por los grupos humanos. Detrás de muchas de las denominaciones del espacio hay nombres antecedentes, de algunos quedan registros orales o escritos, otros han desaparecido.

LEÓN-PORTILLA (2010) ha propuesto la presencia de cuatro estratos en la multilingüe toponimia mexicana:

- a) los nombres en lenguas amerindias originarias;
- b) aquellos provenientes del náhuatl por expansión de los mexicas¹ a partir del siglo XIV;
- c) los topónimos de influencia española a partir del virreinato (siglo XVI);
- d) los nombres del México moderno y contemporáneo, que reivindican sucesos y personajes desde la etapa independiente.

Si bien hay espacios donde sobrevive el topónimo del primer asentamiento registrado, en otros casos se puede identificar una sucesión de nombres, la hibridación o simultaneidad. En esta propuesta, los topónimos son un indicador para definir puntos de corte sincrónico, ya que, al haber un cambio de nombre de los lugares o territorios, en muchas ocasiones se define también una etapa diferenciada en la trayectoria histórica. Así, en el esquema del palimpsesto como método de lectura (Fig. 1), podrá notarse la relevancia de los topónimos para los casos que se expondrán y detallarán más adelante.

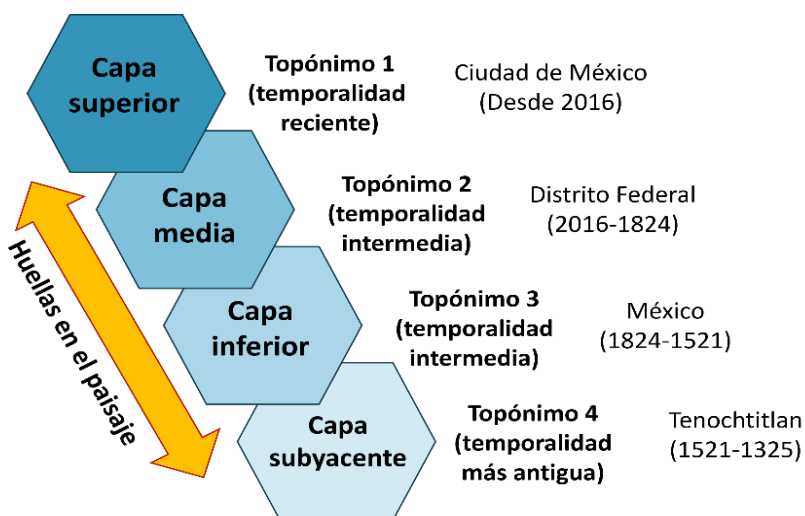


Figura 1. Esquema sobre la lectura del paisaje como palimpsesto.
Fuente: elaboración propia.

¹ Gentilicio que corresponde a los habitantes de México-Tenochtitlan, muchas veces calificados como aztecas, sin embargo, este último ha sido mal aplicado, pues corresponde a los habitantes de Aztlán, ancestros de los mexicas antes de su migración provenientes del norponiente mesoamericano.

Hay procesos históricos vinculados con el poblamiento que generan huellas en el paisaje y lo modifican de manera diferenciada. Es importante proponer años clave como cortes sincrónicos a pesar de que los procesos no siempre son abruptos, sino que comprenden un periodo de transición gradual.

La propuesta sobre el palimpsesto como figura de interpretación del paisaje a partir de la huella humana considera la noción de capas diferenciadas por procesos locales y momentos de cambio en la ocupación, el asentamiento o la organización territorial. Estas capas (superior, media, inferior, subyacente) llevan un orden desde el presente hacia los momentos precedentes y se pueden acompañar de los topónimos correspondientes como marcadores de cambio. Los hallazgos arqueológicos resultan otro factor clave al momento de la excavación física o metafórica de los estratos del tiempo para vincular a las distintas capas.

3. UNA ESTRATIGRAFÍA PARA LA CIUDAD DE MÉXICO

Para entender la aplicación de la lectura del paisaje como palimpsesto se ofrece el caso de estudio de la Ciudad de México (Fig. 2), espacio emblemático por ser sede de los poderes del gobierno mexicano, con cambios de organización territorial en todas sus etapas históricas y por ser de manera física y simbólica su corazón, ya que, desde su plaza más emblemática, el Zócalo, parte el kilómetro cero para contabilizar todas las venas y arterias, que son las vías de comunicación hacia el resto del cuerpo, del país.

La narrativa general partirá de una cronología inversa, iniciando del presente a momentos anteriores. Con la finalidad de no confundir al lector, internamente cada capa se narrará en sentido cronológico de los datos más antiguos a los más recientes resaltando implícitamente los aspectos que aludan a la noción del espacio como palimpsesto. Si bien, en algunos momentos se hace referencia a otras temporalidades, por lo que puede considerarse un abordaje mixto en las capas analizadas.



Figura 2. Ubicación de la Ciudad de México y lugares representativos en relación con los antiguos bordes lacustres. Elaboración: Claudia López Sanabria, 2024.

Un ensayo publicado por PANIAGUA (2021) ya aludía a la Ciudad de México como un palimpsesto, sin embargo, en su caso, la alusión temporal fue aplicada sobre todo a la descripción de la capital en la literatura mexicana, señalando que se trata de un hipertexto, un espacio ideal para la sobreescritura, ya que ahí cohabitan distintas épocas al mismo tiempo y donde en el tiempo actual se puede hablar de micro capitales como Santa Fe, Coyoacán o Coapa.

Para el establecimiento de las diferentes etapas de un mismo lugar resulta fundamental acudir a un orden de la organización del espacio, para destacar las particularidades en la escala local. De ahí que, es relevante analizar otras propuestas académicas para otorgar un reordenamiento a las cronologías que se propondrán para el caso concreto, en este caso yendo de lo más reciente a tiempos anteriores.

Dentro de los estudios de geografía cultural, FERNÁNDEZ (2021: 27) sugiere el concepto de corogénesis para comprender la creación de nuevos espacios humanizados, en tanto «toda cultura reclama un lugar». Así, señala que, para México, hay tres etapas corogenéticas en el paisaje: el *altépetl*² (hasta 1521), el «pueblo» heredado de la Colonia (1524-1861) y las ciudades (desde 1862) del México moderno con una amplia influencia de los Estados Unidos.

Por su parte, desde la geografía histórica, GARZA (2012) toma cuatro cortes sincrónicos: el Posclásico tardío (tiempo prehispánico desde el siglo XIII) con una cosmovisión agrícola-terrestre; la irrupción española en el siglo XVI que reorganizó el espacio con una evidente alteración del suelo y la introducción del ganado; los regímenes liberales (1870-1920) con la expansión de haciendas y el desarrollo del ferrocarril; y, por último desde 1930 los regímenes posrevolucionarios con un modelo económico favorecido por las leyes de libre mercado. En dicha propuesta se sobreentiende que los periodos no indicados corresponden a transiciones en la organización espacial.

A diferencia de los geógrafos antes citados, en esta propuesta las etapas no se construyen a los calificativos de la organización de los asentamientos (FERNÁNDEZ, 2021) ni a los calificativos de la organización política-económica (GARZA, 2012), sino al lugar denominado a partir de un topónimo y considerando sus propias expansiones espaciales.

En el palimpsesto propuesto para la Ciudad de México hay una coincidencia aproximada con las etapas que marcan la historia nacional (contemporánea, independiente-moderna, virreinal y prehispánica), debido al papel de la capital en la construcción identitaria y social del país, pero no sucede la misma sincronía en todos los lugares de México, ya que tampoco se da en otros espacios la continuidad demográfica que en dicho lugar suma, al menos, siete siglos.

² Esta palabra refiere hipotéticamente a los asentamientos prehispánicos en el centro de México que se encontraban vinculados con dos aspectos del entorno: el agua (*atl*) y la montaña (*tepetl*), con una continuidad en las nubes y los escurrimientos subterráneos, a veces traducido como «monte de agua o monte lleno de agua» o como sinónimo de pueblo o ciudad, en tanto era su forma básica de organización colectiva (FERNÁNDEZ y URQUIJO, 2021: 225; RAMÍREZ, 2020: 140).

3.1. Una «nueva» Ciudad de México (Presente-2016)

El 5 de febrero de 2016 el entonces llamado Distrito Federal cambió su nombre oficialmente por el de Ciudad de México (DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN, 2016). Esta modificación no fue solamente toponímica,³ sino que implicó su inclusión como la entidad número 32 de la federación que contaría con su propia constitución política, congreso local y el cambio en la denominación de su división política de las 16 delegaciones a demarcaciones territoriales o alcaldías.

Desde su caracterización física, también hay aspectos particulares de la Ciudad de México que siguen siendo indiscutibles: al encontrarse en una zona de fallas geológicas y no tan alejada de la influencia de la trinchera mesoamericana,⁴ los sismos son percibidos de manera recurrente. El más reciente de magnitud 7,1, acontecido el 19 de septiembre de 2017, generó 370 decesos y más de 7.000 heridos, derribó y dañó más de cincuenta edificios, removiendo los recuerdos de las personas que vivieron ese fenómeno 32 años antes, en la misma fecha de 1985.⁵

Otro motivo por el cual las ondas sísmicas se perciben de una manera amplificadas, se debe a que la capital mexicana se asienta en una cuenca rodeada por varios sistemas montañosos y en gran medida sobre un antiguo sistema lacustre, motivo por el cual la subsidencia (hundimiento del suelo) es un fenómeno visible en su paisaje urbano, sobre todo en el centro histórico.

De manera reciente, KOLE (2023) propuso una reconstrucción a partir de diferentes fuentes sobre cómo pudieron haber sido visualmente la cuenca, el lago de Texcoco y las islas e islotes que conformaban lo que hoy se conoce como la Ciudad de México, un continuo de asfalto con remanentes de agua en lo que alguna vez fue un paisaje lacustre. Resulta un ejercicio interesante por la sobreposición entre fotografías aéreas o verticales de la capital de México en el presente y la reconstrucción de imágenes digitales sobre la hipotética configuración del mismo espacio en el pasado. Antes, FILSINGER *et al.* (2021) también habían realizado su propia reconstrucción tridimensional en video de la cuenca con motivo de los siete siglos de historia desde el asentamiento mexicana.

Además de la isla de Tenochtitlan, que corresponde a la zona donde se emplazaron el Zócalo, la catedral metropolitana y sus alrededores, otra tierra emergida en el lago de Texcoco de pequeñas dimensiones, pero con gran relevancia fue Tlatelolco,⁶ espacio con una carga cultural particular, donde el recuerdo de los muertos del sismo de 1985 y aquellos de la masacre estudiantil de 1968 cohabita con la imagen del último bastión de la resistencia mexicana durante la guerra de conquista a mano de los españoles. Hoy destaca el Conjunto

3 El nombre Distrito Federal (o D.F. por sus siglas) aún se encuentra arraigado en la oralidad de su población, desde 2016 el propio gobierno local ha fomentado la abreviatura CDMX.

4 Nombre de la geoforma oceánica que representa el límite entre las placas tectónicas Norteamericana y de Cocos.

5 El sismo de 8,1 grados acontecido en 1985 tuvo epicentro en la costa de Michoacán, en el océano Pacífico, en tanto el de 2017 fue un «sismo intraplaca» (CRUZ *et al.*, 2017) con epicentro en Axochiapan, Morelos, a 160 km de la Ciudad de México.

6 En algunas fuentes el topónimo se escribe como Xaltelolco «montículo de arena» (MOCTEZUMA, 2006: 90).

habitacional Nonoalco-Tlatelolco (levantado en 1960), de manera contigua a dos edificios testigos del virreinato temprano del siglo XVI: el Colegio de Santa Cruz (fundado en 1536) y la iglesia de Santiago, erigida con los materiales de los templos mexicas, de los cuales afloran cuantiosos basamentos; dada esta configuración se le conoce como la Plaza de las Tres Culturas (Fig. 3).



Figura 3. Plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco, Ciudad de México.
Fotografía del autor, 2023.

En esa ubicación, actualmente algunos museos dan cuenta de los sucesos históricos locales. En el Centro Cultural Universitario Tlatelolco se presentan las maquetas de cómo pudo haber sido la Ciudad de México en diferentes etapas, pero de manera poco convencional, puesto que están separadas solo en la vertical, mostrando las coincidencias de los espacios en diferentes tiempos, sobrepuestas para que el visitante realice juegos visuales, desde arriba y en perfil, para comprender que el espacio es contenedor simultáneo de historias (Fig. 4). En Tlatelolco se observan unas edificaciones sobre otras, las huellas precedentes se han develado, tiempos pasados adquieren un acto de presencia que no se ha borrado del todo, este lugar es un palimpsesto evidente.



Figura 4. Maquetas sobrepuestas de la Ciudad de México en el Museo del Centro Cultural Universitario Tlatelolco. Fotografía del autor, 2023.

A pesar de su relevancia, Tlatelolco no destaca entre los principales destinos turísticos de la Ciudad de México, como sí sucede con Xochimilco, uno de los últimos remanentes del conjunto lacustre que la población mesoamericana y los españoles llegados en el siglo *xvi* pudieron apreciar. En Xochimilco, cuyo topónimo significa «en el sembradío de flores» (MOCTEZUMA, 2006), aún se puede ver el antiguo sistema de chinampas, donde los mexicas ganaban superficie al agua extendiendo «suelo flotante», hoy los cultivos son de hortalizas y de flores, conservando cierta tradición en el uso del espacio. Los turistas que observen esta particularidad en su recorrido (Fig. 5) podrán estar cerca de la capa más antigua del palimpsesto, como si se tratara de un parche del papel por el que se pudieran asomar parcialmente en el tiempo.



Figura 5. Trajineras en el lago de Xochimilco en el embarcadero de Cuernavaca. Fotografía del autor, 2022.

A nivel social, en el espacio público de la Ciudad de México se visibilizan sectores que antes eran denominados «minorías», como es el caso de las mujeres, las poblaciones LGBT o los afrodescendientes⁷ mediante protestas feministas, muestras a la libertad de expresión o como parte de las oleadas migratorias recientes, respectivamente. Asimismo, sectores de la población contemporánea han cuestionado el discurso oficial de los sucesos históricos. Los movimientos poscoloniales han influido no solo en el cambio de sentido de descubrimiento, conquista y colonización por el de resistencia indígena, también los mensajes que pugnan por la memoria colectiva, de ahí que se erigen los «Antimonumentos».⁸

En el contexto de violencia y desigualdad, se cuestiona la presencia de personajes de los regímenes autoritarios de los siglos XIX y XX en la nomenclatura urbana, por lo cual el 8 de marzo de 2024 el Gobierno de la Ciudad de México propuso un cambio de nombres de algunas calles como las que aluden a Gustavo Díaz Ordaz⁹ o Antonio López de Santa Anna¹⁰ por el de «heroínas» de la historia

7 Las oleadas migratorias de haitianos se han incrementado en la Ciudad de México desde 2021, se calcula que en 2024 hay 45 mil personas de ese origen (BRAVO, 2024; ROMÁN, 2023).

8 Sobre la avenida Paseo de la Reforma se han levantado varios antimonumentos que evidencian sucesos violentos como la muerte de 49 niños por un incendio de la Guardería ABC en Hermosillo (Sonora) en 2009, la masacre de 72 migrantes en San Fernando (Tamaulipas) en 2010 a manos de un grupo del crimen organizado y la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa (Guerrero) en 2014.

9 Presidente de México (1964-1970), responsable de la masacre estudiantil ocurrida de manera previa a la inauguración de los juegos olímpicos de 1968.

10 Presidente de México considerado dictador por ocupar el cargo en once periodos no consecutivos entre 1833 y 1847, hasta la guerra con Estados Unidos en la que se perdieron dos millones de km² del

contemporánea. Entre los cinco nombres más votados se encuentran los de Rita Guerrero (cantante, actriz y activista social), Adela Salazar (defensora de sindicatos obreros), Benita Galeana (activista por los derechos femeninos), Elvia Carrillo Puerto (sufragista y política) y Remedios Vario (pintora española exiliada en México) (JEFATURA DE GOBIERNO, 2024), que serán nombres oficiales buscando disminuir la brecha de desigualdad de género que alcanza también a la toponimia.

3.2. El Distrito Federal (2016-1824)

El 18 noviembre de 1824 se fundó el Distrito Federal como consecuencia de la proclamación de la Primera República Federal tras el primer imperio mexicano. La finalidad de segregar una parte del Estado de México y decretarlo como territorio autónomo a los poderes de la unión, fue el de evitar la hegemonía de alguno de los estados que integraban la República Mexicana por encima del resto (SIAP, 2019).

En un principio su superficie establecida era poco extensa y contaba con una configuración circular: se mediría en un radio de dos leguas¹¹ a partir de la Plaza de la Constitución (Zócalo), sin embargo, con el paso de los años se adecuaron sus límites (Fig. 6). En 1854 se expandió la superficie del Distrito Federal hasta aproximadamente 1.700 km², anexando zonas rurales y montañosas del Estado de México. En 1898 se establecieron los límites definitivos del Distrito Federal, disminuyendo su superficie a 1.479 km², resolviéndose los problemas territoriales con el Estado de México y el de Morelos (VÁZQUEZ, 2010: 10, 14, 21), el cual había sido creado en 1869.

territorio septentrional al firmarse el Tratado Guadalupe-Hidalgo (1848).

¹¹ Aproximadamente 9 km y 55 km², incluía las poblaciones de Villa de Guadalupe-Hidalgo, Iztacalco, Tacuba, Azcapotzalco, Chapultepec, La Piedad y otras rancherías y haciendas (VÁZQUEZ, 2010: 10).

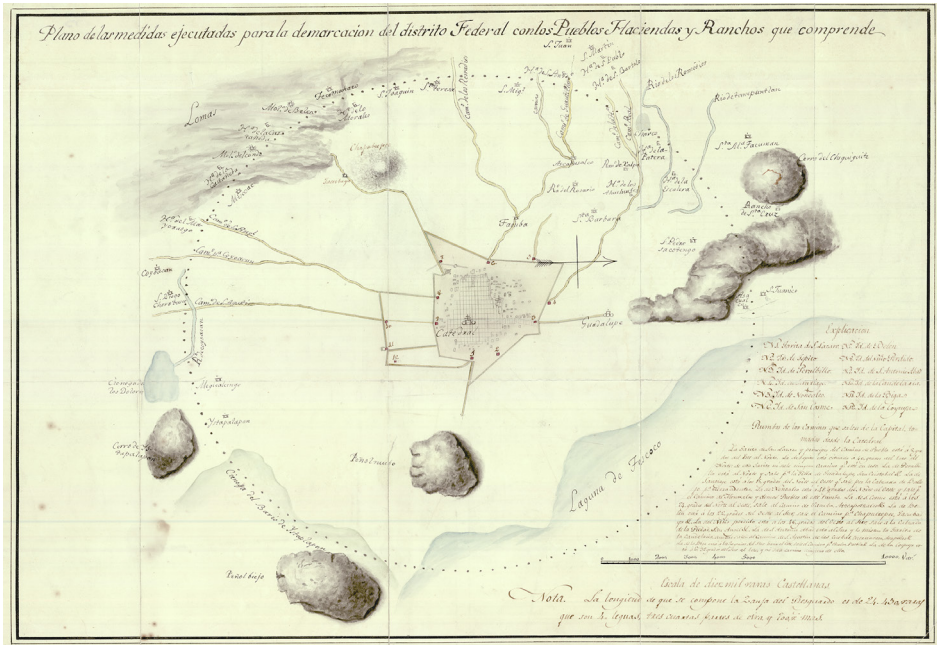


Figura 6. Primera demarcación del Distrito Federal, 1824. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, COYB.DF.M44.V8.0474.

Es relevante señalar que, históricamente los límites territoriales no han sido los mismos, el corazón de la Ciudad de México siempre ha comprendido el espacio que ocupó la isla de Tenochtitlan en el lago de Texcoco, pero radialmente fue expandiendo sus bordes, en gran medida por la urbanización gradual desde el siglo XVI. Hasta 1929 algunas zonas aún consideradas periféricas como Tacubaya, Tacuba o Mixcoac, que en la actualidad son barrios y colonias, eran entonces localidades separadas de la capital (VÁZQUEZ, 2010: 29).

Entre el siglo XIX y el XX, esta mancha urbana fue ganando terreno a los antiguos lagos de Zumpango, Texcoco, Xaltocan, Xochimilco y Chalco, sobre todo en el oriente y sur de la cuenca (Fig. 7). Así, de medio millón de habitantes en 1900, la población en 1950 era de 3 millones y en 1980 ya rebasaba los 8.8 millones, manteniéndose más o menos estable hacia las siguientes décadas, puesto que en el censo más reciente de 2020 se cuenta con 9 millones de habitantes (INEGI, 2024). Es importante diferenciar esta cifra de la que concierne a la Zona Metropolitana del Valle de México, que se desborda hacia los estados de México e Hidalgo en 63 municipios por conurbación o integración funcional, sumando 21.4 millones de habitantes (GOBIERNO DE MÉXICO, 2024: 176-183).

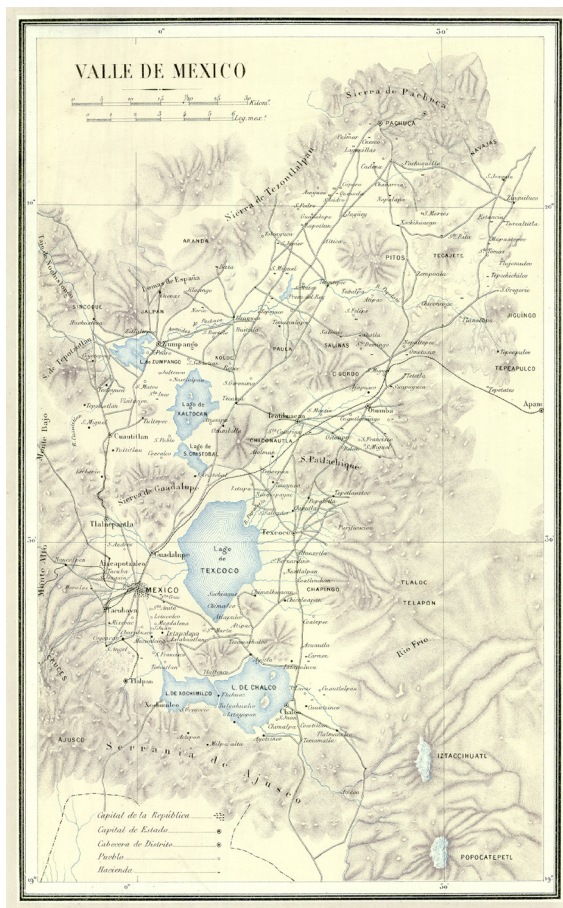


Figura 7. Valle de México en el *Atlas Pintoresco* de Antonio García Cubas, 1885. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V7.0137.

Por otra parte, cabe destacar que, sobre todo, en el poniente del Distrito Federal se conservaron zonas de bosque natural, como las áreas con suelo de conservación en Cuajimalpa y la Magdalena Contreras, además del bosque de Chapultepec, mientras que en las municipalidades (luego delegaciones) del sur como Milpa Alta y Xochimilco se conservaron zonas de cultivo para el abastecimiento de hortalizas, verduras y flores.

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, los canales que conectaban a la ciudad con los lagos de Xochimilco y Chalco se redujeron, desapareciendo algunos antes emblemáticos como el de La Viga¹² que, de acuerdo con PERALTA (2022: 6), decayó por la acelerada ocupación de tierras con fines habitacionales e industriales, así como la necesidad de construir más vías terrestres, lo cual afectó

12 Este canal cruzaba por los poblados de Chalco, Xico, Culhuacán, Mexicaltzingo, Iztacalco y Santa Anita, los cuatro últimos son, en el presente, estaciones del Metro.

seriamente la red de canales al cortar la comunicación de aguas. Otra causa que influyó en la extinción de los canales fue la entubación del agua de los manantiales y ríos del valle de México.

Durante los primeros dos siglos del México independiente, además del crecimiento de la urbanización en detrimento de zonas lacustres y boscosas (borradas y tachadas del palimpsesto), es relevante señalar que se reforzó el centralismo que implica la concentración de poder político y económico en el Distrito Federal (VÁZQUEZ, 2010) que, en complemento al desarrollo de las vías de comunicación, detonó las migraciones internas. Así, en cuanto al paisaje humano, la Ciudad de México se ha convertido sobre todo desde el siglo XX en un crisol cultural con habitantes que tienen raíces en el resto de las entidades del país.

El incremento de los transportes inició durante el Porfiriato (último tercio del siglo XIX), con el impulso a los trenes de pasajeros. Además de las conexiones con el resto del país, de manera interna a lo largo del siglo XX se desarrolló el transporte público, siendo quizá el más emblemático el Sistema de Transporte Colectivo «Metro», con su fundación en 1969.

Es oportuno señalar que, durante los trabajos de excavación y topografía efectuados en las inmediaciones de las vías, ocurrieron hallazgos arqueológicos de interés, que contribuyeron a la reconstrucción histórica, así como a la propia iconografía del Metro. En la estación Pino Suárez, se encontró una pirámide dedicada a Ehécatl «Dios del viento», que era parte de un centro ceremonial mexica, señalando el límite sur de la isla de Tenochtitlan (SISTEMA DE TRANSPORTE COLECTIVO METRO, 2024).

Además de ese hallazgo de relevancia en el perímetro del centro histórico del Distrito Federal, en febrero de 1978, trabajadores de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, mientras instalaban un depósito de transformadores entre las calles República de Guatemala y República de Argentina, encontraron un monumento prehispánico: se trataba de una rueda de piedra grabada cuyo relieve representaba a Coyolxauhqui, la diosa de la luna, que se calcula fue culminada en 1473 (MARTÍNEZ, 2023) y habría permanecido cerca de cinco siglos enterrada, siendo una de las principales piezas arqueológicas exhibidas actualmente en el Museo del Templo Mayor.

En 2006, fueron descubiertos dos hitos más gran relevancia: el monolito de Tlatecuhtli, deidad de la Tierra (SÁNCHEZ, 2016), con dimensiones de 4,16 por 3,62 metros con un espesor de entre 25 y 37 centímetros, y el Calmécac, una construcción que fungía como colegio donde eran educados los hijos de los nobles mexicas (CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA EN MÉXICO, 2024) y que hoy es exhibido en un museo de sitio junto a objetos de las épocas virreinal y moderna que fueron desenterrados en la misma ubicación.

Destaca el hecho que la capa más antigua de las ocupaciones humanas de la Ciudad de México, aún ha salido a relucir después de varios siglos y que la población contemporánea que transita por encima de dichos hallazgos arqueológicos recupera elementos de su esencia prehispánica, al apropiárselos en la iconografía y dando sentido a la recuperación de esos fragmentos aparentemente borrados en la historia, no así en el espacio, si es leído como un palimpsesto.

3.3. México, la ciudad virreinal (1824-1521)

La capital del virreinato de la Nueva España se estableció en la isla de Tenochtitlan, espacio simbólico y el lugar donde la batalla entre mexicas y españoles se prolongó por dos años desde el encuentro de esos dos mundos en 1519. Con una tradición de sobreposición de símbolos, los españoles tenían experiencias previas de conquista sobre pueblos islámicos (MIER y TERÁN, 2005: 104; HUMBOLDT, 1991: 122), de ahí que eligieran el espacio urbano de los mexicas para establecer su nuevo espacio de poder.

Aunque fue en 1521 cuando Hernán Cortés y sus hombres se proclamaron victoriosos al subyugar a los indígenas de Tenochtitlan y de Tlatelolco, hubo un periodo de transición que llevaría varios años, en los que se realizó la traza con influencia europea sobre el paisaje lacustre. Sobre los escombros y aprovechando parte de lo que aún se encontraba en pie, Cortés encomendó al agrimensor Alonso García Bravo la traza de la ciudad (MIER y TERÁN, 2005: 105-106) manteniendo los ejes que los mexicas habían usado para unir la isla de Tenochtitlan con las riberas de la tierra firme por el norte (Calzada de Tepeyac), el poniente (Calzada Tlacopan¹³) y el sur (Calzada de Iztapalapa).

Algunos testimonios cartográficos brindan información sobre la configuración de la Ciudad de México en sus inicios, así como los reordenamientos territoriales y culturales ocurridos en la primera mitad del siglo XVI. El mapa de Nürenberg (1524) ha sido atribuido a Cortés (Fig. 8), aunque es una incógnita no resuelta su autoría, si bien ilustra parte de la descripción de las cartas de relación que este personaje envió al rey de España. En particular, en la *Segunda carta* describía las dimensiones de México-Tenochtitlan (señalada como Temixtitán), su organización espacial y vías de acceso, la relevancia de la comunicación lacustre, así como las actividades comerciales apreciadas en la plaza de Tlatelolco.

HUERTA (2022: 36-38) señala que el mapa pudo haber sido trazado por algún soldado de Cortés o que estaría basado en un diseño elaborado por un tlacuilo (especialista en el trazo de códices y cartografía prehispánica), aunque representaba la idealización de la ciudad indígena a partir de las descripciones de Cortés con criterios europeos.

En complemento al anterior, el denominado mapa de Uppsala (*ca.* 1550), también influido por mano occidental, permite comprender algunas de las modificaciones que la ciudad presentaba hacia mediados del siglo XVI. Hay un urbanismo eminente que rebasa los límites de Tenochtitlan, pues el mapa representa también los bordes de la tierra firme en torno a la isla. A través del análisis de los pictogramas, LEÓN-PORTILLA y AGUILERA (2016) identifican 116 glifos toponímicos y destacan la representación de actividades humanas (cacería de mamíferos y aves; pesca mediante el uso de canoas; pastoreo; recolección de frutos; extracción de sal; producción de cal; aprovechamiento de bosques y

13 Desde el siglo XIX esta calzada fue nombrada por tramos en México-Tacuba, Ribera de San Cosme y Puente de Alvarado, este último ha sido recientemente renombrado como México-Tenochtitlan, como reivindicación del pasado prehispánico y desvinculación con uno de los hombres más cruentos del bando de Hernán Cortés.

transporte de carga). A treinta años de la dominación indígena, se había levantado la ciudad española con su catedral, la plaza mayor y edificios administrativos, y en los alrededores se distribuía la población originaria.

Acerca de la reorganización territorial, durante el siglo XVI inició el proyecto de la traza de las ciudades novohispanas al modo peninsular, congregando a los pobladores originarios sobre un sistema de calles bien trazado y en torno a una unidad conventual destinada a asegurar su conversión, sin que estuvieran en asentamientos dispersos como antes, y de esta manera controlarlos, organizar su trabajo y recolectar su tributo (RAMÍREZ Y FERNÁNDEZ, 2006: 114).

El punto de partida de dicho reordenamiento fue, evidentemente, la Ciudad de México, de donde se extendería a otros asentamientos indígenas de la Nueva España. Los cambios ambientales acentuados por la introducción ganadera o la explotación minera sucedieron en otras partes del territorio novohispano que no se evidenciaron en la capital (MARTÍN *et al.* 2021). En cambio, en la Ciudad de México el crecimiento urbano siguiendo la tradición del urbanismo español se dio en detrimento de la vegetación arbórea y de los lagos que, gradualmente, a lo largo de los trescientos años del virreinato, se desecaron.

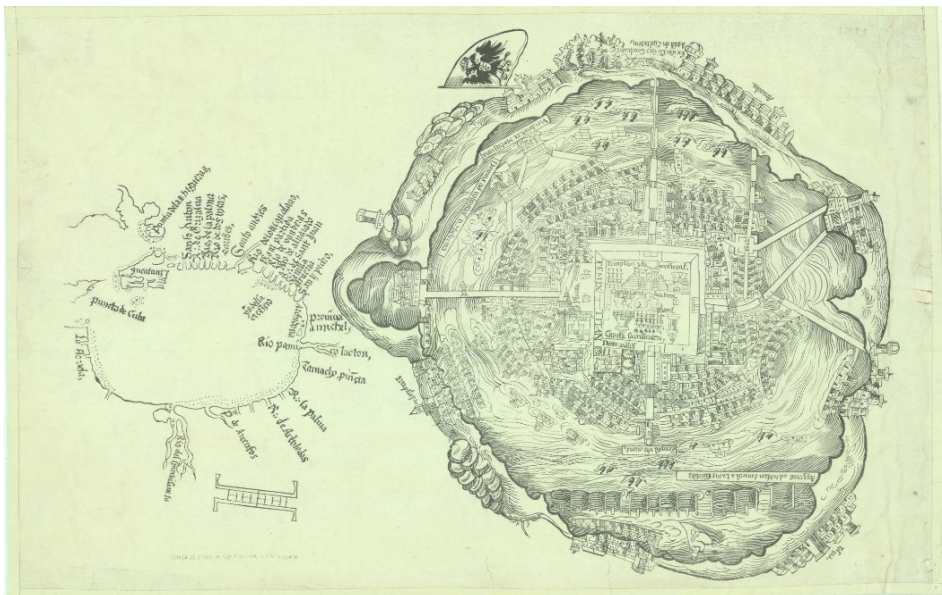


Figura 8. Mapa de Nürenberg, atribuido a Hernán Cortés, ca. 1524. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, COYB.DF.M43.V4.0175.

El sometimiento de los cuerpos de agua lacustre (Fig. 9), se revirtió en constantes inundaciones al desbordarse los ríos tributarios, siendo las más severas las de 1553, 1580, 1604, 1607 y 1629 (HUMBOLDT, 1991: 138). Sobre esta última se sabe que dejó anegada la Ciudad prácticamente durante cinco años,

originando muertes, migraciones y pérdidas materiales, entonces se acentuaron las obras hidráulicas para drenar la cuenca lacustre iniciadas desde 1607 (INSTITUTO MEXICANO DE LA RADIO, 2019; SALAZAR, 2020).

Durante los 300 años del virreinato la población fue adquiriendo su carácter mestizo, los calificativos de las castas¹⁴ se iban propagando al considerarse las mezclas entre indígenas, españoles y afrodescendientes. Hacia 1803, HUMBOLDT (1991: 129) declaraba que había 137 mil habitantes, de los cuales 2.500 eran blancos europeos, 65 mil blancos criollos, 33 mil indígenas, 26.500 mestizos y 10 mil mulatos, esto no incluía a los pobladores de Coyoacán, Tacubaya y Tacuba.

Algunos símbolos de las raíces culturales de la capa anterior, también salieron a relucir en esta etapa, por su contigüidad temporal. En 1790 al sur de la Plaza Mayor, algunos obreros, mientras realizaban excavaciones ordenadas por el virrey Revillagigedo, encontraron enterradas dos esculturas monumentales: la *Coatlicue*, diosa de la muerte y la fertilidad, fue hallada el 13 de agosto (LÓPEZ, 2012: 210) y, unos meses después, el 17 de diciembre se encontró la Piedra del Sol, denominada por algunos «Calendario Azteca».

Estas dos figuras son clave de la arqueología moderna y contemporánea, no solo por su grado de conservación y vistosidad, sino también por ser parte del simbolismo mexica que explica la cosmovisión, medición del tiempo y sus vínculos con otras culturas mesoamericanas. Particularmente, HUMBOLDT (1991: 114; 226, nota 42), en su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, mencionó el hallazgo de esa deidad como una «estatua colosal (...) cargada de jeroglíficos» denominándola *Teoyaomiqui*, esto antes de que se le reconociera como Coatlicue. En la Pontificia Universidad de México donde se resguardaba, los profesores no quisieron exponer «el ídolo» y lo enterraron de nuevo en uno de los corredores del edificio a medio metro de profundidad.

Este ejemplo nos muestra que la acción voluntaria de enterrar y la involuntaria de desenterrar son una clave para vincular diferentes capas de información y así entender el paso del tiempo en el espacio como palimpsesto.

14 En el Museo Nacional del Virreinato (Tepotzotlán) se conserva una pintura que representa las castas novohispanas, una adjetivación que obsesionaba a las autoridades, por ejemplo: la mezcla de mestizo con española daba castizo; la de mulato con española daba morisco; la de morisco con española daba chino; y la de chino con india daba «saltapatrás».



Figura 9. Plano geográfico de México en tiempos de la Gentilidad, ca. 1803. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V1.0004.

3.4. Tenochtitlan, urbe insular (1521-1325)

La isla de Tenochtitlan ha sido objeto de representaciones que permiten reconstruir algunos sucesos de su ocupación entre los siglos XIV y XVI. Entre los testimonios visuales que permiten entender la migración de los aztecas hasta dicha isla, se encuentra el *Códice Boturini*, también conocido como «la tira de la peregrinación» (Fig. 10) debido a que mediante lenguaje pictográfico se narra la migración que realizaron los aztecas, grupo asentado en la isla de Aztlán, hacia un nuevo lugar donde se establecerían definitivamente.

Este documento refuerza la narrativa mítica de un pueblo que en contacto con una divinidad (Hutzilopochtli) transita por más de doscientos años (de

1091¹⁵ a 1325) para hallar una «tierra prometida». El documento indica los linajes que compartían un origen común (xochimilcas, chalcas, tepanecas, acolhuas, tlahuicas, tlaxcaltecas y mexicas) y los lugares de su trayecto y permanencia, señalados mediante glifos toponímicos, entre los cuales se identifican, entre otros: Tula, Ecatepec, Pantitlán y Chapultepec (SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA, 1975).



Figura 10. Códice Boturini o Tira de la Peregrinación, ca. 1586. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, COYB.DF.M43.V4.0188.

La noción de territorio en aquel momento difiere de las concepciones modernas que se apoyan en mapas con límites establecidos mediante coordenadas y uso de escalas, por lo cual este tipo de documentos prehispánicos o del virreinato temprano realizados por manos indígenas brindan una aproximación espacio-temporal que ha requerido de años de interpretación por parte de sus estudiosos en la etapa moderna o contemporánea, pero no por ello pierden validez como documentos que representan el espacio.

Otra fuente que refuerza la migración de los aztecas es el *Mapa de Sigüenza* (Fig. 11) que, en complemento al códice anterior, permite identificar mediante las huellas de pies el camino recorrido pasando por diversos espacios, teniendo una predominancia Chapultepec, donde surgía la bifurcación hacia Tlatelolco y Tenochtitlan, su nueva morada (INAH, 2024a), donde ahora se llamarían mexicas.

ACOSTA (2004: 369) describe, cómo ocurrió el momento de la fundación de México:

Después de mucho buscar acá y allá, apareció el tunal, nacido de una piedra, y en él estaba un águila real, abierta las alas y tendidas, y ella vuelta al sol recibiendo

15 Las fuentes señalan diferentes años del inicio de dicha migración como 1060 (HUMBOLDT, 1991: 112) o 1064 (KRUELL, 2021: 35).

su calor (...). Tenía el águila en las uñas un pájaro muy galano. Como la vieron y reconocieron ser el lugar del oráculo, todos se arrodillaron, haciendo gran veneración al águila, y ella también les inclinó la cabeza, mirándolos a todas partes. (...) Llamaron por eso la ciudad que allí fundaron, Tenochtitlan, que significa tunal en piedra; y sus armas e insignias son hasta el día de hoy, un águila sobre un tunal, con un pájaro en la una mano, y con la otra, asentada en el tunal.

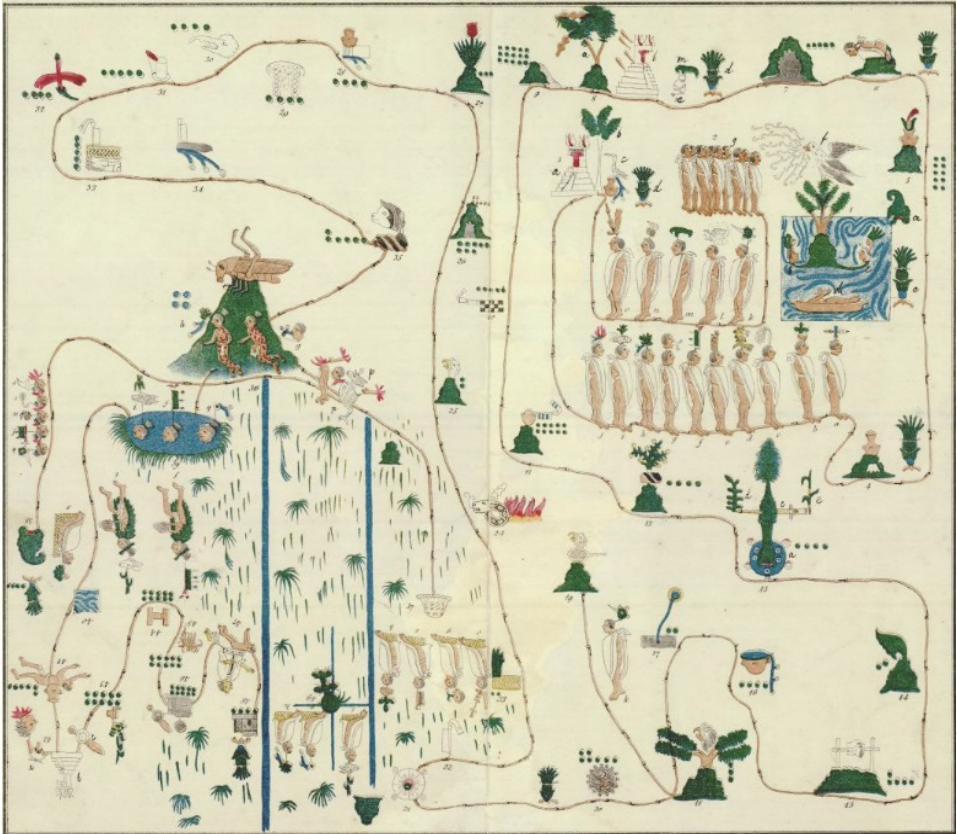


Figura 11. Peregrinación de las tribus aztecas que poblaron el Valle de México. Fuente: SADER-SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V2.0027.

Los códices y descripciones históricas afirman la antigüedad de la fundación de la Ciudad de México, sin embargo, no están descartadas las ocupaciones previas de la cuenca,¹⁶ puesto que en las riberas del lago de Texcoco ya se encontraban asentados algunos grupos emparentados con los mexicas, pero que habían preferido establecerse en la tierra firme y no en la isla.

En particular, los mexicas, una vez asentados fueron vasallos de los tepanecas de Azcapotzalco, los acolhuas de Coatlinchan y los colhuas de Colhuacan (KRUELL,

¹⁶ Un ejemplo lo constituye Cuicuilco, población que fue cubierta en el año 250 por la erupción del volcán Xitle, hoy en su zona arqueológica destacan los basamentos circulares (INAH, 2024b)

2021: 22). Pero, después comenzaron su periodo de conquistas para someter a otros pueblos y ser ellos quienes recibían tributos, formando su alianza con Texcoco y Tlacopan (Tacuba). Azcapotzalco, capital del imperio tepaneca fue sometida por los mexicas hacia 1428 y después de esa victoria comenzó su expansión en el valle de «Anáhuac»¹⁷ (Coyoacán, Xochimilco) hasta alcanzar lugares tan alejados como la Huasteca (norte de Veracruz) y el Soconusco en Guatemala (KRUELL, 2021: 73).

Tenochtitlan, con su consolidación demográfica en el siglo XV se convirtió en una urbe insular rodeada de las aguas del lago de Texcoco. Sin embargo, es relevante indicar que formaba un conjunto con la tierra firme de la cuenca, por lo cual, destacan las modificaciones del paisaje realizadas por la mano humana:

- Las construcciones principales de los mexicas tenían basamentos en forma rectangular, los principales forman la estructura de lo que actualmente se conoce como el Templo mayor a un costado de la catedral metropolitana.
- Un grupo disidente de los mexicas se estableció en el islote de Tlatelolco, al noroeste de Tenochtitlan en 1338. Una vez reconquistados, el islote se unió con Tenochtitlan por medio de puentes y en esa ubicación se estableció el principal mercado descrito por Cortés en sus cartas de relación (HUMBOLDT, 1991: 115).
- En las riberas de las localidades que bordeaban el lago de Texcoco como Coyoacán, Culhuacan, Churubusco, Mexicatzingo, Ixtapalapa (*sic*) y Mixquic las casas estaban construidas dentro del agua sobre estacas para que las canoas entraran por la parte baja (HUMBOLDT, 1991: 112).
- La construcción de las chinampas se realizó, sobre todo, en aquellas riberas poco profundas de carácter pantanoso o que iban desecándose, es la tradición mesoamericana de ganar terreno al agua para la actividad agrícola.
- Durante el gobierno de Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469) se establecieron jardines y un zoológico, donde se cultivaban vegetales y criaban animales exóticos (jaguales, águilas y aves tropicales de plumajes coloridos) que contrastaban con el ambiente pedregoso y semiárido de la cuenca de México (KRUELL, 2021: 77-78).

Las interpretaciones a los topónimos de México y de Tenochtitlan dan una pauta no solo de la cosmovisión de sus antiguos habitantes, sino de las características originales del entorno. Sobre el nombre de México se han realizado muchas hipótesis, que pueden agruparse en cuatro versiones: «lugar de Mexitli» (nombre alterno del dios Huitzilopochtli), «en el centro del manantial», «en el centro de los magueyes» o «en el ombligo de la luna» (GUZMÁN, 2002). Esta última proviene de las palabras en náhuatl *meztli* (luna) *xictli* (ombligo o centro) y *co* (locativo) ha sido una de las más difundidas y pudiera interpretarse que ese centro es el islote de México-Tenochtitlan y el reflejo que de la luna se observaba en el Lago de Texcoco.

El topónimo de Tenochtitlan indica la presencia de una vegetación xerófila,

¹⁷ Anáhuac significa «lugar rodeado de agua» en lengua náhuatl.

con un predominio de nopales (*Opuntia spp.*) y sus frutos, las tunas. En una campaña de reivindicación de los nombres originarios en lenguas indígenas que el propio gobierno ha fomentado desde 2006 (MOCTEZUMA, 2006), se han colocado una serie de mosaicos en la Ciudad de México para difundir los significados de los nombres originarios. Llama la atención que el topónimo de la isla también ha permanecido eclipsado por el de México durante mucho tiempo, de ahí que desde 2021 la estación del metro correspondiente al Zócalo haya añadido como complemento el nombre de Tenochtitlan (Fig. 12).

Entre 2019 y 2021, algunos investigadores independientes liderados por Feike de Jong (VILLEGAS, 2021) han impulsado la búsqueda de los límites originales de las islas de Tenochtitlan y Tlatelolco, organizando caminatas para trazar su posible borde y así reivindicar los lugares que dieron origen a la Ciudad de México,¹⁸ esto tiene además otros posibles valores geográficos, como por ejemplo la comprensión de los riesgos y desastres que acontecen en torno a un paisaje lacustre enterrado que podría reafirmar que el espacio anterior no desaparece, sino que sigue latente en sus entrañas.



Figura 12. Estación del metro y mosaico urbano que reivindican el nombre de Tenochtitlan. Fotografías del autor, 2024.

3.5. Suma de capas: cambios, continuidades y reparaciones

En un análisis de palimpsesto, poder acceder a la capa más enterrada resulta complejo: mientras más antiguo es el estrato, las fuentes escasean o incluso resultan más cuestionables dada su naturaleza, sin embargo, la comprensión de los elementos del paisaje y la observación de sus modificaciones, permanencias

¹⁸ Como resultado de ese proyecto se trabaja en la producción del documental «La orilla de las islas» (López, 2021).

y hallazgos por afloramiento dan información de las capas que subyacen en el mismo espacio conocido en el presente.

Mediante el análisis de fuentes y el ordenamiento de la información paisajística fue posible sintetizar los indicadores de cambio, continuidad y reaparición sucedidos en las diferentes capas del palimpsesto de la Ciudad de México y su paisaje (Tabla 1).

Tabla 1
Análisis de las capas del palimpsesto de la Ciudad de México: cambios, continuidades y reapariciones

Capa y topónimo	Indicadores		
	de cambio	de continuidad	de reaparición
<i>Superior</i> «Ciudad de México» (2016-presente)	Nueva entidad con constitución política y reconocimiento de sus alcaldías. Ocurre una apropiación del espacio público por sectores y personajes antes invisibilizados y una nueva reivindicación de la memoria.	Los remanentes del lago de Xochimilco de uso turístico y agrícola dan cuenta de la vida lacustre previa.	Algunos investigadores fomentan la búsqueda de los bordes originales de la isla de Tenochtitlan y de la configuración hipotética de la cuenca con las tecnologías actuales.
<i>Media</i> «Distrito Federal» (1824-2016)	Se definieron sus límites territoriales con un radio de dos leguas a partir del Zócalo, posteriormente alcanza una superficie de 1.479 km ² . La mancha urbana incorporó localidades que se convirtieron en barrios o colonias. Los lagos de la cuenca disminuyeron en superficie y desaparecieron varios canales de navegación por entubación del agua de manantiales y ríos.	Se conservan zonas de bosque natural (suelo de conservación) en Cuajimalpa y la Magdalena Contreras, mientras que en Milpa Alta y Xochimilco perviven zonas de cultivo para el abastecimiento de hortalizas, verduras y flores.	La Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco es un típico caso de afloramiento de diferentes estratos de asentamientos. En el centro histórico ocurren hallazgos arqueológicos relevantes como la pirámide de Ehécatl, la Coyolxauhqui, el monolito de Tlatecuhtli y el Calmécac.
<i>Inferior</i> «México, ciudad virreinal» (1824-1521)	Se estableció la ciudad de traza hispana sobre el asentamiento indígena de tradición lacustre. El nuevo urbanismo creció en detrimento de los lagos de Texcoco, Zumpango, Xaltocan, Chalco y Xochimilco.	Las calzadas que unían a la isla de Tenochtitlan con la tierra firme (Tepeyac, Tlacopan e Iztapalapa) se reutilizaron como parte del ordenamiento urbano.	Las constantes inundaciones durante el virreinato derivadas del desborde de ríos son un reflejo de la desecación lacustre. Los hallazgos arqueológicos de la <i>Coatlícue</i> y de la Piedra del Sol refuerzan la comprensión del México prehispánico.

<p><i>Subyacente</i> «Tenochtitlan» (1521-1325)</p>	<p>Con el asentamiento de los mexicas inició una fase de adaptación de los espacios insulares para su conexión con las riberas del lago de Texcoco, así como construcción de basamentos y la extensión de suelo mediante la técnica de chinampas.</p>	<p>La geografía originaria del Anáhuac apunta a un paisaje lacustre con islas y riberas de ambiente pedregoso con vegetación xerófila (magueyes y cactáceas).</p>	<p>Se desconoce la vinculación con asentamientos previos o con culturas geográficas cercanas (Teotihuacan y Cuicuilco), es más probable la sucesión de los mexicas como grupo inconexo.</p>
---	---	---	---

Fuente: elaboración del autor, 2024.

El caso abordado nos muestra que el espacio con una misma denominación (Ciudad de México) se propaga o se contrae, puesto que de ocupar la isla de Tenochtitlan (la capa subyacente) de unos 10 km², la expansión de los mexicas hacia otros islotes y sus conexiones con la tierra firme (riberas del lago de Texcoco) permitió modificar la geografía, misma que visualizaron los primeros españoles que llegaron a esta ciudad mesoamericana, mientras que durante el virreinato se inició una mayor urbanización de influencia occidental (capa inferior) en detrimento del paisaje lacustre.

En la etapa independiente (capa media) se consolidó la ciudad como sede del poder político (el Distrito Federal), pasando de una configuración radial a límites establecidos que absorbieron localidades contiguas en una misma mancha urbana. El reciente entendimiento del espacio de la Ciudad de México desde posturas postcoloniales ha definido la nueva demarcación (capa superior) donde además del cambio toponímico se integran ideas y personajes acallados como parte del espacio público en la nomenclatura urbana y en los «antimonumentos».

A lo largo de este análisis ha sido notorio cómo las diferentes capas temporales conviven en un mismo lugar. En la actualidad, el habitante y el visitante de Xochimilco o Tlatelolco pueden tener (o no) esa conciencia al observar los remanentes del lago o la zona arqueológica, respectivamente, al igual que el usuario del metro que a su paso aprecia un basamento prehispánico versus la contemporaneidad o el conductor que transita sobre las calzadas más antiguas que Hernán Cortés decidió conservar para asentar el poder colonial.

Quizá los hallazgos arqueológicos sean la manera más clara de evidenciar elementos de otros momentos (reapariciones) y conectarlos temporalmente en una línea coherente, pero la huella humana trasciende a los objetos desenterrados, también está presente en las modificaciones paisajísticas y en las continuidades espaciales que han sobrevivido al cambio impuesto por los tomadores de decisiones.

4. CONCLUSIONES

El método de lectura del palimpsesto desde la geografía histórica y como parte de los estudios del paisaje permitió identificar las diferentes capas de un caso concreto donde el análisis del asentamiento humano, la toponimia, las fuentes cartográficas y la relectura de los lugares mediante la observación directa fueron fundamentales como elementos de información.

Más allá de una cronología inversa, en la metodología del palimpsesto se procuró identificar cortes de tiempo para cohesionar una narrativa mixta en la cual las diferentes capas pudieran conectarse por hechos acontecidos en el paisaje. De este modo, auxiliarse en los cambios y permanencias en la toponimia, de la organización territorial y el afloramiento de hallazgos arqueológicos permitieron establecer los diferentes cortes de tiempo, que coinciden con sus capas sedimentadas.

La Ciudad de México como caso de estudio resulta de interés dado que lleva siete siglos de poblamiento continuo y porque hay una riqueza y diversidad de fuentes que constatan su trayectoria y las modificaciones en su paisaje. La propia observación del presente, que forma parte de la capa superficial, permite vincular algunos elementos evidentes con otros que han sido enterrados de manera voluntaria o cubiertos por el paso del tiempo y que se incluyen en la narrativa de manera implícita aludiendo a la noción del palimpsesto.

La particularidad de la capital mexicana es que, por su relevancia demográfica y política, al haberse convertido en el centro simbólico del país, las propias etapas históricas nacionales coinciden en gran medida con las capas propuestas para este análisis, de ahí que se identificaron las capas: superior (2016-presente), media (1824-2016), inferior (1521-1824) y subyacente (1325-1521).

Al momento de realizar la lectura del paisaje de la Ciudad de México entendido como un palimpsesto, las evidencias más significativas en la geografía física se asocian con el pasado lacustre de la cuenca, en tanto las constantes inundaciones, la subsidencia y la vulnerabilidad a los sismos dan cuenta de una configuración innegable que está debajo de la capa de asfalto; en tanto a nivel histórico y social los hallazgos arqueológicos permiten replantear las formas de vida humana en relación con momentos específicos que pueden tener una continuidad o una ruptura con otras capas y con el presente.

La limitación primordial de pensar el paisaje como un palimpsesto es asumir las permanencias o las modificaciones en tanto han sido transmitidas en la historia oficial, sin observar que, de manera inevitable afloran diversas capas temporales en un mismo espacio, aunque no siempre parezcan evidentes. Repensar el paisaje como un documento que puede contener roturas, tachaduras o enmendaduras es un punto de partida para reformular su lectura en relación con la presencia humana y considerar los topónimos que los grupos culturales han dado al espacio es un posible punto de partida para identificar las distintas capas.

El palimpsesto como método, además de utilizar la analogía de capas superpuestas, permite identificar las nociones de cambio, continuidad o reaparición a partir de la huella humana sobre el espacio, considerando los

elementos del paisaje, de ahí que sea fundamental su descripción correlacionada por encima de la narrativa exclusivamente centrada en los hechos históricos. Dentro de las fuentes primordiales para reforzar visualmente esta noción se encuentran las representaciones espaciales (códices, planos, mapas) que permiten observar determinadas modificaciones y rupturas ocurridas en un mismo lugar y en su reorganización territorial.

Debido a que la esencia del palimpsesto consiste en el estudio de los estratos de tiempo en un lugar concreto, este marco de análisis permite encuadrar los problemas teóricos y metodológicos, que puede replicarse o ajustarse para otros espacios con discontinuidades o sucesiones de ocupación humana, no solo en las grandes urbes con siglos de continuidad demográfica, como se expuso en esta propuesta, también en asentamientos de diversa naturaleza, representando un reto estimulante la identificación de dicha noción y su aplicabilidad.

5. REFERENCIAS

- BAXIN, J. I. (2022): *Geografía histórica de isla de Cedros, Baja California. El paisaje insular como palimpsesto (2020-1540)*, tesis de doctorado en Estudios Mesoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- BOLÓS, M. de (1992): *Manual de Ciencia del Paisaje. Teoría, métodos y aplicaciones*, Masson, Barcelona.
- BRAVO, E. (2024, 6 de enero): «En México hay unos 110 mil haitianos; 45 mil en CDMX», *La Jornada*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/noticia/2024/01/06/capital/en-mexico-hay-unos-110-mil-haitianos-45-mil-en-cdmx-4415>
- CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA EN MÉXICO (2024): «Museo de Sitio». Disponible en: <https://ccemx.org/museo-del-sitio/>
- CHECA-ARTASU, M.; GARCÍA, A.; SOTO, P.; SUNYER, P. (2014): *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*, UAM Iztapalapa, México.
- CORBOZ, A. (2004): «El territorio como palimpsesto», en M. RAMOS (coord.), *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona: 25-34.
- CRUZ, V.; SHRI, K.; ORDAZ M. (2017, 28 de septiembre): «¿Qué ocurrió el 19 de septiembre de 2017 en México?», *Ciencia UNAM*. Disponible en: <https://ciencia.unam.mx/leer/652/-que-ocurrio-el-19-de-septiembre-de-2017-en-mexico-pdf>
- CULTURA CIENTÍFICA (2019, octubre 23): «El puzzle Stomachion y el palimpsesto de Arquímedes (1)». Disponible en: <https://culturacientifica.com/2019/10/23/el-puzzle-stomachion-y-el-palimpsesto-de-arquimedes-1/2019>
- DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN (2016, 5 de febrero): «Acuerdo General del Pleno del Consejo de la Judicatura Federal por el que se cambia la denominación de Distrito Federal por Ciudad de México en todo su cuerpo normativo». Disponible en: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5424565

&fecha=05/02/2016

- FERNÁNDEZ, F. (2006): «Geografía cultural», en A. LINDÓN; D. HIERNAUX (dirs.), *Tratado de geografía humana*, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Anthropos. México: 220-253.
- FERNÁNDEZ, F. (2021): «Enfoque cultural y paisajes mexicanos: corogénesis en tres etapas de larga duración», en F. FERNÁNDEZ (dir.), *El petate y la jícara. Los estudios de paisaje y geografía cultural en México*, Éditions hispaniques (Histoire et civilisation), París: 23-47.
- FERNÁNDEZ, F.; URQUIJO, P. (2020): «El altepetl nahua como paisaje», *Cuadernos Geográficos*, 59 (2): 221-240.
- FILSINGER, T.; MEDINA, J.; LARA, E; PÉREZ, L. (2021): «México-Tenochtitlán, siete siglos de historia», *Mexican Cultural Institute Washington DC*. Disponible en: <https://instituteofmexicodc.org/index.php/mexico-tenochtitlan-siete-siglos-de-historia/>
- GARCÍA-CUBAS, A. (1885): «Carta del Valle de México», *Atlas pintoresco*, Serie Exposiciones, Escala 30 kilómetros / 6 leguas mexicanas, Debray Sucesores México, SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V7.0137.
- GARZA, G. (2012): *Geografía histórica y medio ambiente*, Instituto de Geografía, UNAM, México.
- GOBIERNO DE MÉXICO (2024): *Metrópolis de México 2020*, SEDATU, CONAPO, INEGI, México.
- GUZMÁN, I. [comp.] (2002): *Los nombres de México*, Porrúa, México.
- HEREDIA Y SARMIENTO, J. (ca. 1803): *Plano geográfico de México en tiempos de la Gentilidad*, Serie Exposiciones, 3 leguas de 26 y 1/2 al grado, SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V1.0004.
- HUERTA, C. (2022): *El corazón sagrado de la isla. Tenochtitlán-Centro histórico*, Gobierno de la Ciudad de México, México.
- HUMBOLDT, A. (1991): *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Porrúa, México.
- INSTITUTO MEXICANO DE LA RADIO (2019, 22 de septiembre): «22 de septiembre de 1629: Primera gran inundación en la ciudad de México». Disponible en: <https://www.imer.mx/22-de-septiembre-de-1629-primera-gran-inundacion-en-la-ciudad-de-mexico/>
- INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA (2024a): «Códices mexicanos. Memorias y saberes». Disponible en: <https://www.codices.inah.gob.mx/pc/index.php>
- INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA (2024b): «Lugares INAH - Cuicuilco». Disponible en: <https://lugares.inah.gob.mx/es/zonas-arqueologicas/zonas/1698-cuicuilco.html>
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA [INEGI] (2024): «Dinámica. Distrito Federal». *Cuéntame de México*. Disponible en: <https://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/df/poblacion/dinamica.aspx?tema=me>
- JEFATURA DE GOBIERNO (2024, 29 de marzo): «Entrevista al Jefe de Gobierno,

- Martí Batres Guadarrama, durante conferencia de prensa. Resultados de la plataforma La Ciudad de las Heroínas». Disponible en: <https://jefaturadegobierno.cdmx.gob.mx/comunicacion/nota/entrevista-al-jefe-de-gobierno-marti-batres-guadarrama-durante-conferencia-de-prensa-resultadoa-de-la-plataformala-ciudad-de-lasheroinas>
- KOLE, T. (2023): «Retrato de Tenochtitlan. Reconstrucción 3D de la capital mexicana». Disponible en: <https://tenochtitlan.thomaskole.nl/es.html>
- KRUELL, G. (2021): *El valle de Anáhuac en el siglo xv. La conquista del imperio tepaneca y el surgimiento de la Triple Alianza*, UNAM, México.
- LEÓN-PORTILLA, M. (2010): «La multilingüe toponimia de México: sus estratos milenarios», en *Obras de Miguel León-Portilla*, Tomo VI Lingüística, IIH, UNAM, México.
- LEÓN-PORTILLA, M.; AGUILERA, C. (2016): *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, Secretaría de Cultura, Ediciones Era, El Colegio Nacional, México.
- LÓPEZ, L. (2012): «El ídolo sin pies ni cabeza. La Coatlicue a fines del siglo XVIII», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 42: 203-232.
- LÓPEZ, J. (2021). «La orilla de las islas. Breve introducción al proyecto», *Noticonquista*. Disponible en: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/2918/2918>
- Mapa de Tenochtitlán adjudicado a Hernán Cortés, 1523*, Serie Distrito Federal, Sin escala, SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, COYB.DF.M43.V4.0175.
- MARTÍN, M.; ESCALONA, H.; GÜERECA, R. (2021): *Impacto ambiental y paisaje en Nueva España durante el siglo xvi*, UNAM, México.
- MARTÍNEZ, M. (2023, 1 de marzo): «Sobre el hallazgo de la Diosa Lunar Coyolxauhqui en el Templo Mayor». *LocalMX*. Disponible en: <https://www.local.mx/ciudad-de-mexico/diosa-coyolxauhqui-templo-mayor/>
- MIER Y TERÁN, L. (2005): *La primera traza de la Ciudad de México, 1524-1535*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, México.
- MOCTEZUMA, P. (2006): *Glifos de la ciudad de México*, Gobierno del Distrito Federal, México.
- PANIAGUA, U. (2021): «Primero nos movieron el corazón. La Ciudad de México como un palimpsesto en el tiempo y la literatura mexicana». Disponible en: <https://tallerigitur.com/tag/primero-nos-movieron-el-corazon-la-ciudad-de-mexico-como-un-palimpsesto-en-el-tiempo-y-la-literatura-mexicana/>
- PERALTA, A. (2022): «El Canal de la Viga», *Antropología. Revista Interdisciplinaria Del INAH*, 54: 2-6.
- Peregrinación de las tribus aztecas que poblaron el Valle de México (ca. 1858)*, Serie Exposiciones, Sin escala, Muñozguren, Iriarte y Cía, SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V2.0027.
- Plano de las medidas ejecutadas para la demarcación del Distrito Federal, (ca. 1824)*, Serie Exposiciones, Escala 10 000 varas castellanas, SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V3.0060
- RAMÍREZ, B.; LÓPEZ, L. (2015): *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad*

- en el pensamiento contemporáneo, UNAM, Instituto de Geografía, UAM Xochimilco, México.
- RAMÍREZ, M.; FERNÁNDEZ, F. (2006): «La policía de los indios y la urbanización del altépetl», en F. FERNÁNDEZ; A. GARCÍA (coords), *Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, Instituto de Geografía, UNAM. México: 114-167.
- RAMÍREZ, M.; FERNÁNDEZ, F. (coords.) (2020): *Paisajes y representación del «pueblo de indios»*. Un estudio introductorio y seis casos, Instituto de Geografía, UNAM, México.
- ROMÁN, A. (2023): «Los guardianes de la noche: haitianos en la Ciudad de México», *Revista de la Universidad de México*, 900: 123-126.
- SALAZAR, A. (2020): «Los viejos caminos del agua», *Revista de la Universidad de México*, 861: 72-77.
- SÁNCHEZ, L. (2016, 9 de mayo): «Álvaro Barrera Rivera, el descubridor del monolito azteca de Tlaltecuhтли», *Excelsior*. Disponible en: <https://www.excelsior.com.mx/expresiones/2016/05/09/1091442>
- SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA (1975): *Colección de documentos conmemorativos del DCL aniversario de la fundación de Tenochtitlan. Documento núm. 1 Códice Botturini (Tira de la peregrinación)*, SEP, México.
- SERVICIO DE INFORMACIÓN AGROALIMENTARIA Y PESQUERA (2019, 18 de noviembre): «Fundación del Distrito Federal». Disponible en: <https://www.gob.mx/siap/articulos/fundacion-del-distrito-federal>
- SISTEMA DE TRANSPORTE COLECTIVO METRO (2024): «Pirámide de Ehécatl». Disponible en: <https://www.metro.cdmx.gob.mx/piramide-de-ehecatl>
- TheArchimedesPalimpsest* (s.f.). Disponible en: <https://www.archimedespalimpsest.net/>
- THIÉBAUT, V.; GARCÍA, M.; JIMÉNEZ, M.A. (eds.) (2008): *Patrimonio y paisajes culturales*, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- THIÉBAUT, V. (2017): «Una metodología cualitativa para la lectura y el análisis de los paisajes en México», en M. CHECA-ARTASU; P. SUNYER (coords.), *El paisaje: reflexiones y métodos de análisis*, UAM-Iztapalapa, Ediciones del lirio, México: 213-238.
- URQUIJO, P.; BONI, A. (coords.) (2020): *Huellas en el paisaje. Geografía, historia y ambiente en las Américas*, UNAM, CIGA, Morelia, México.
- URQUIJO, P.; BOCCO, G. (2011): «Los estudios de paisaje y su importancia en México, 1970-2010», *Journal of Latin American Geography*, 10 (2): 37-63.
- VALLINA, A.; GARCÍA, L.; AGUILAR, A.; CAMARERO, C. (2022): «Propuesta metodológica para la integración conjunta del paisaje histórico y actual. Retos y oportunidades en un mundo digital», en A. ALBERTO-VILLAVICENCIO (ed.), *Cultura y percepción: su papel en los enfoques analíticos del paisaje*, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- VÁZQUEZ, J. (2010): *Distrito Federal. Historia de las instituciones jurídicas*, Senado de la República, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México.
- VERGARA, A. (2018): *Palimpsestos. Aspectos teóricos, territorio, patrimonio, cuerpo y humor*, Ediciones Navarra, México.

- VILLEGAS, L. (2021): «Caminar a la orilla de la historia», *Arquine*. Disponible en: <https://arquine.com/caminar-a-la-orilla-de-la-historia/>
- WACHTEL, N. (2001): *El regreso de los antepasados*, Fondo de Cultura Económica, México.

